

LOS ECONOMISTAS Y LA ACTUAL TRANSFORMACION DE LA ECONOMIA ARGENTINA

Que "están pasando" cosas en Argentina se ha vuelto, afortunadamente, un lugar común, tanto entre nosotros como en el resto del mundo.

Las cosas que están pasando tienen un doble origen: institucional y "técnico". El origen institucional surge del hecho de que, a fines de 1983, los argentinos interrumpimos 5 décadas de inestabilidad institucional, para instaurar un régimen democrático. Vivir en democracia implica un gigantesco proceso de aprendizaje en el cual estamos inmersos los políticos, los lobbistas y nosotros, los propios votantes.

La transición hacia la democracia como régimen está saliendo muy bien. La perspectiva de 1991 oscurece el hecho de que, en 1983, Raúl Alfonsín era "el hombre" (basta imaginar qué le hubiera ocurrido al régimen democrático si el 30 de octubre de 1983 hubieran ganado los justicialistas). Alfonsín fue reemplazado en 1989 por Carlos Menem quien, contra lo que se esperaba, colocó su audacia al servicio del "rumbo correcto", con "buena lectura" de la realidad, tanto nacional como internacional.

Este último punto nos conecta con el otro gran pilar de la realidad actual, de origen "técnico": el colapso económico y financiero del Estado. Las "cosas que están pasando" en Argentina tienen su origen, desde este punto de vista, en el hecho de que lo que -mal o bien- se pudo hacer hasta fines de la década de 1980, ya no es mas posible. El reaseguro se desmonopolizó en Argentina cuando el INDER ya no pudo hacer frente a los compromisos; privatizamos Obras Sanitarias de la Nación porque cualquier día de estos de las canillas va a salir dulce de leche; vendemos ENTEL para no quedarnos incomunicados, etc.

El mérito del presidente Menem y quienes lo acompañan, entonces, no es el de haber vencido un debate intelectual frente a los regulomaníacos, sino el de haber percibido que no hay alternativa a actuar de modo distinto... y el mérito de la población es apoyar electoralmente a quien "lee" hoy correctamente cuál es la realidad y cuál es, en consecuencia, el rumbo correcto.

. . .

Siempre me sentí muy bien siendo economista, pero en estos días, además, me siento orgulloso. Ocurre que la profesión que cultivo está contribuyendo poderosamente a la transformación estructural que hoy se está produciendo en Argentina.

La contribución de los miembros de la profesión se da tanto en el plano personal como en el del "mensaje" que los discípulos de Adam Smith le transmiten actualmente al resto de la comunidad. Cavallo, así como su equipo, son economistas profesionales, como también lo son Roque Fernández y Guido Di Tella.

En el plano del "mensaje" y, por supuesto, sin que haya existido ningún tipo de coordinación, los economistas estamos hoy mostrando un explicable consenso: "todos" estamos por la privatización, por la desregulación, por la apertura de la economía, por la "vuelta a las fuentes" del crecimiento, etc.

Al actual consenso hemos llegado por un par de razones: una biológica y otra circunstancial. La biológica es que quienes tuvimos oportunidad de estudiar en el exterior hace unas 3 décadas, hemos terminado madurando buena parte de los conocimientos adquiridos. Sabemos ahora ubicar un argumento en su justo valor y, consiguientemente, las discusiones resultan acotadas dentro de principios básicos compartidos.

La otra razón del actual consenso surge de todo lo que ocurrió en nuestro país durante muchos años, particularmente durante la década de 1980. Luego del proceso que terminó en un par de hiperinflaciones, ¿quién responsablemente puede pedir que nos olvidemos de la estabilidad para encarar el crecimiento; quién responsablemente puede sostener que no hay ninguna relación entre el déficit fiscal y la tasa de inflación; quién responsablemente puede recomendar una redistribución de ingresos basada en el control directo de precios y salarios?

. . .

Al estar, como "gremio", en favor de la transformación que hoy se está operando en nuestro país, los economistas argentinos estamos probando no solamente que somos inteligentes, sino que además somos valientes.

Digo esto porque la transformación de Argentina en "país normal" le quita ventaja comparativa a buena parte de las habilidades que los economistas hemos desarrollado profesionalmente en los últimos años. ¿A quién le importa, en un país normal, cuál es la serie preferida de los bonex 89, cuál es la rentabilidad diferencial de los distintos plazos de los depósitos, o cuál es la relación entre M1 y el producto bruto?

¿De qué vas a trabajar, si esto se arregla? es la pregunta que hoy más escuchamos los economistas. De economista, respondo yo, sólo que no voy a hacer las cosas que hice hasta ahora, porque resulta claro que ahora va a haber otras demandas profesionales.

Un ejemplo que viene a la mente de inmediato es el de la evaluación de proyectos. En la UCA, a comienzos de la década de 1960, estudié cómo se evalúa un proyecto de inversión. En mi vida evalué un proyecto de inversión, de modo que ahora tendré que comprar la versión actualizada de algún manual de la materia, para comenzar a practicar.

Pero esto no es todo, porque a caballo de esto está la apertura de la economía. Durante la gestión Martínez de Hoz, a fines de la década de 1970, la apertura de la economía se concentró en las mercaderías: consumí manteca producida en Inglaterra, pero me seguí peluqueando a la vuelta de mi casa. Quienes producíamos servicios, que no eran objeto de comercio internacional, aprovechábamos la mejora de precios relativos que transitoriamente sigue a cualquier apertura de la economía, en términos de los bienes que sí son objeto de comercio internacional, en ese entonces las mercaderías.

No más. El cambio tecnológico hace estragos en los "quioscos" existentes. Ahora, como antes, la manteca que se consume en Argentina se puede producir en General Rodríguez o en York; pero además muchos servicios también son objeto de comercio internacional (por ejemplo: los seguros médicos).

¿Qué pasa, en este contexto, con los servicios que prestamos los economistas profesionales? Cuando la clave del posicionamiento empresario dependía en Argentina de consideraciones muy específicas, normalmente financieras o de información de los próximos movimientos del gobierno, la demanda de servicios de los economistas era prácticamente "cautiva" de los "aborígenes" que se suponía que sabíamos al respecto. El contraejemplo, cuantitativamente limitado, eran audacias como las de Rudiger Dornbusch y Jeffrey Sachs.

Pero cuando, como en la Argentina que se está gestando, la existencia, la ganancia y el crecimiento de las empresas depende de entender bien el mercado presente y futuro donde se compran y venden los productos, de saber cómo se defienden los costos, entonces cualquier empresario local puede perfectamente importar los servicios de los miles de economistas que viven en el mundo normal, y que consecuentemente están hoy mejor entrenados que nosotros para ayudar a tomar decisiones en la economía que viene.

Lo que acabo de plantear como consultor también se aplica en el plano académico. Como profesores, como autores de libros de texto, tenemos ahora que competir con nuestros colegas y sus obras, de todo el mundo.

Por todo esto dije antes que los economistas somos valientes. Estamos convirtiendo la angustia que a cualquier ser humano le genera un cambio, en energía para seguir siendo útiles en una economía que vuelve al crecimiento, sobre bases más normales. Quienes así no lo entiendan tendrán que emigrar, para aplicar sus conocimientos en... la Unión Soviética, donde parece que están en algo muy parecido a una hiperinflación.

¿Sobrevivirá el sector textil, o el nordeste de Argentina, la actual transformación? Mal planteado, porque el desafío es primero y principal, a nivel individual. Lo mismo en el caso de los economistas o el resto de las profesiones. El próximo censo de población, a comienzos del siglo que viene, registrará que algunos de los habitantes de Argentina responderán "economista" a la pregunta referida a la ocupación. Lo que no hay ninguna seguridad es que el actual "club" de economistas siga teniendo los mismos socios.

Los economistas tenemos que ser esclavos de lo que predicamos. En Argentina 1991, una abrumadora mayoría de nosotros está mostrando que afortunadamente esto es así.